Núm. 8.

No me Olvides;

PERIÓDICO

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

25 *de junio de* 1837.

Al número siguiente acompañará una estampa litografiada, obra de DON FEDERICO MADRAZO.

Antigüedades Teatrales.

Desde que la filosofía, despertando de su letargo de mas de veinte siglos, á la voz de un jóven atrevido, empezó á dudar de todos los, hasta entonces, llamados principios, el espíritu de exámen se estendió á todas las materias, sin perdonar siquiera aquellas que, por su naturaleza, se hallaban fuera de la jurisdiccion del hombre.

Llególe su vez al teatro, y la consecuencia de este exámen ha sido conocer, que las reglas poéticas de Aristóteles han dejado en gran parte de ser necesarias y de tener la utilidad que en tiempo de su autor, porque el cristianismo, derrocando la idolatria, ha traido en pos de sí acontecimientos notables, y de estos y aquel ha nacido una civilizacion y unas costumbres, sino contrarias, esencialmente distintas de las del tiempo del célebre filósofo. Las circunstancias han cambiado, y asi como las lenguas modernas no pueden adoptar las reglas de versificacion de los griegos y romanos, los preceptos aristotélicos no se hallan en relacion con nuestros usos y costumbres, con la civilizacion actual.

Acaso nos convenceremos de la necesidad de la reforma de las reglas de que hablamos, entrando en el examen de la diferencia esencial entre nuestro teatro y el de los antiguos, ya se considere la cuestion por la parte intelectual ó de creacion, ya por la material, ó de ejecucion. Empezaremos por esta, sin que por ello se crea que le damos la preferencia.

Los teatros griegos y romanos eran unos semicírculos con asientos en anfiteatro, á manera, aunque por lo general mas elegantes, que los tendidos de nuestras plazas de toros. Estas pueden dar una idea aproximada de aquellos, si se considera su mitad como la parte destinada allí para los espectadores. Diferente de ellas era la otra mitad destinada para el escenario; pero la parte superior era semejante, por estar descubierta tanto por el lado del público como por el que ocupaban los actores. No habia en este, *telon de boca*, como en nuestros teatros; por esto sus entreactos no eran marcados por él como los nuestros, y por esto, para comenzar la trajedia ó comedia, gritaba un heraldo, "*salga el coro de Euripides*" ó "*salga el coro de Sófocles*" segun quien era el autor de la pieza que á representarse iba, y que generalmente empezaba por el coro.

Salia, pues, este, precedido y guiado

por un flautista, y se colocaba generalmente en la parte mas baja de las dos en que el proscenio estaba dividido, y del cual pocas veces salia durante la accion; no asi en los entreactos, que marcaba vagando por el escenario, cantando, y bailando en ciertas ocasiones. El entreacto se conocia principalmente en que el coro estaba ó se suponia estar solo; porque si acaso se hallaban presentes algunos de los personajes principales, no les dirijia aquel la palabra.

Pocas veces, y esas solo por razones muy poderosas, se apartaba el coro del escenario, y éste nunca quedaba solo.

Las decoraciones, inventadas por Agatarco, artista contemporáneo de Esquilo, no se mudaban, porque su falta de perfeccion en esta parte, ó acaso mas bien la conformacion del teatro, no les permitia cambiar, como actualmente, el aspecto general del escenario; solo al fondo de éste, y con mucha dificultad, presentaban una pequeña alteracion, como el interior de una casa &c.

No quedando jamas ni oculto, ni vacío; no mudándose sus decoraciones, ¿cómo podia nadie figurarse que aquellos hombres, héroes ó dioses, que, inmóviles miraba, se habian trasladado á otro parage, aunque á media milla del sitio aquel se supusiese? ¿Cómo podia nadie formarse la ilusion de que un coro compuesto de sacerdotes, de ciudadanos, de soldados ó esclavos, hombres como los demas; un coro que no habia cesado de ver, habia estado alli no veinte y cuatro horas, pero ni aun doce, sin comer ni satisfacer ninguna otra necesidad?

He aquí la razon; he aquí por qué estaban fundadas en la filosofía las reglas de Aristóteles, que la unidad de tiempo y lugar prescribian; pero ¿existen aun aquellos motivos?

MANUEL DE ASSAS.

LA MUERTE DEL BRAVO.

Murió en el campo, al pie de su bandera,
No llores, no, muger, por su memoria;
Si la vida perdió en su primavera,
Se fué á morar al templo de victoria.

Florido de salud vino á mi tienda,
Y mostrando su pecho valeroso,
"Mil veces tú me viste en la contienda
Y nunca herido fuí... no soy dichoso."

Y prosiguió diciendo: "yo querria
Mejor que rostro blanco, uno manchado
De cicatriz honrosa... asi diria
El mundo: "es veterano, es buen soldado."

Yo no quiero hermosura de mugeres,
Ni mi cabello en bucles repartido,
Ni en mi vestir perder cien alfileres,
Ni de paño esquisito mi vestido.

Mas vale un rostro negro que respire
Amor solo á la patria, ojos de fuego,
Y dejar para el débil que suspire,
Mientras otro defiende su sosiego.

Camarada, á la guerra! no percibes
De pólvora el olor?... los enemigos
Ufanos llegarán como caribes...
Para regar de sangre nuestros trigos."

La trompeta punzante dió un gemido,
Y allegándome al pecho fuertemente,
"Si muero, dice, en Burgos he nacido,
A mi padre dirás que fuí valiente."

No dijo mas... las balas ya silvaban,
Y al grito de *á las armas!* presurosos
Todos balas y balas arrojaban,
El pecho descubriendo generosos.

El humo bienhechor oscurecía
A cada cual la muerte de un contrario,
Y el asesino plomo que crujía
Tal vez no lo lanzaba un sanguinario.

Y en el guerrero ardor de la pelea
Se avanza cada cual, y en su denuedo,
Amenazando muerte á quien quier sea,
Saca á medias el hierro de Toledo.

Cálmase al fin el humo; todos hieren,
Saltan en partes mil enrojecidos
Los aceros de horror... todos prefieren
El morir, al vivir como vencidos.

Y el campo de cadáveres cubierto
Pasto ofrece á los buitres de la altura...
Ah! cuántos denodados allí han muerto,
Dignos de mas renombre y mas ventura!

Ya calmado el furor de la refriega
Los nuestros victoriosos recontaban
El número de muertos... quién se llega
Y los cuenta mejor?... todos temblaban.

Todos temblaban ver lleno de heridas,
Sin resuello tal vez á un tierno amigo,
Y preguntaban todos: ¿cuántas vidas
Arrebatastes hoy al enemigo?

Y por sobre los montes, paso á paso,
Mil lanzas se avanzaban relucientes;
¿Hay mas á quien herir? ¿hay mas acaso?
Entre sí se decian los valientes.

Y entonces, ó muger! tu osado hijo
En su diestra cojió el pendon de España,
Y con voz de los bravos asi dijo,
Respirando en sus ojos noble saña:

"Soldados de Castilla, compañeros,
Viva España y el rey!... sus nombres vean
Humillacion do quier... Nuestros aceros
De su baldon testigos nunca sean."

"Veis aqueste pendon?... Clavarle quiero
A un tiro de fusil del enemigo;
Mi nombre recordad si acaso muero,
El que respire honor venga conmigo."

Y cual el rayo, raudo se abalanza,
Y cada cual le sigue silencioso;
Plantó el pendon por fin, tomó la lanza
Y se arrojó al contrario valeroso.

Murió en el campo, al pie de su bandera,
No llores, no, muger, por su memoria;
Si la vida perdió en su primavera,
Se fué á morar al templo de la gloria.

Salvó á la patria que al mirar su arrojo,
Intrépidos los nuestros le siguieron...
Era noble y leal hasta en su enojo!
Pasmados los contrarios le temieron.

Y despues que Castilla vió humillado
Al que arrancarle quiso vida y gloria,
Sobre el cadáver yerto del soldado,
Cantó el himno tres veces de victoria.

J. DE S. Y Q.

Unas ocasas de amores en un buque.

Ama y serás amado, dice un poeta antiguo, y esto es como todas las cosas de la vida: unas veces cierto, otras no; porque hasta ahora nada he encontrado yo constante y fijo en el mundo, si se esceptua la *inconstancia*. Un poeta francés dice que el *caracter comun es no tener ninguno*, y vive Dios! que verdad mas palpable no ha salido jamas de los labios de un mortal. Sin embargo nada recomiendan tanto los *Aristóteles* de todos tiempos como el que en toda obra de ingenio y arte en que se copien escenas de la vida, se conserve el caracter de los personages al fin como era al principio. ¿Y si por ventura el tal personage es de estos que no tienen caracter ninguno, ¿qué se le ha de conservar como no sea su inconstancia?—

La sociedad participa de este achaque del individuo; dicen que *el que ama mucho al fin es amado*; LARRA sostenia que el hombre que ama con mas constancia triunfa, y nadie ignora cual fué la principal causa de su suicidio.— De lo cual deduzco yo que para *ser amado* solo se necesita *ser amado*, y aunque esto parezca una perogrullada no lo es, por san Jorge!.. ó son perogrulladas todas las verdades.

Yo no sé si por desenvolver esta, ó bien

por narrar cosas del *otro mundo*, ocúrreseme ahora un cuentecito que voy modestamente á referir, sin pretender con él otra cosa mas que entretener á mis amables y bellas lectoras, que conozco yo, entre mis lectoras, muchas bellas y muchas amables, á cuya caritativa censura encomiendo mi cuento.

Yo he viajado mucho, y aunque esto maldita la cosa importa al que lea este articulito, importa á mi intento que se sepa, para que se me crea cuando digo: "*yo lo ví.*" Con esto tapo la boca á muchas hablillas, porque no todos tendran valor para llamarme embustero.

No hace muchos años hallábame yo en uno de los puertos del mar del Sur, la friolera de unas cinco mil leguas de España, que en el dia es un mero paseo. — El tal puerto llámase *Valparaiso*; es pueblo bastante inculto y feo, pero del cual conservo gratos recuerdos, porque en él he cumplido diez y siete años, con lo que todo está dicho. — La descripcion de Valparaiso la dejo para mejor ocasion, porque si me enredo en ella no podré jamas dar vado á mi cuento.—

En *Valparaiso*, puerto de la república de *Chile*, vivia por aquellos años (en 1830) una joven viudita que se llamaba *Rosa*, condesa cuando habia por allí títulos, y hermosa como son allí todas las mugeres.— Entre los muchos jóvenes que su casa frecuentábamos, porque ya va dicho que *Rosa* era bella, joven y rica, y su casa por consecuencia natural no era un desierto, contábase el joven *Ernesto* oficial de una de las fragatas de guerra francesas que en el puerto estaban ancladas.. *Ernesto* tuvo la desgracia de enamorarse fuertemente de la *chilena*, y digo desgracia porque ella lo conoció pronto y, segura ya de esta conquista, aspiró á otra y otra, que las señoritas de sociedad, insípidas y vanidosas por lo general, tienen ocupado su corazon en cosas demasiado frívolas y fútiles para amar con su alma, contentándose con querer de cabeza, que, segun dicen, cuesta menos y vale mas. — Permítome estas pequeñas observaciones filosóficas, porque estoy seguro que mis lectoras no son del número de estas bribonzuelas que describo, sino por el contrario un dechado de constancia y pasion.—*Ernesto* amaba como se ama á veinte años, y *Rosa* se burlaba de su amor como casi todas las señoritas de moda se burlan de un verdadero amor. Yo compadecia mucho al jóven oficial, pero no compadecia menos á la jóven viuda; y cuando *Ernesto* me decia: "yo padezco mucho" —le decia yo con entera conviccion: "mas ha de padecer ella."—Porque yo sabia entonces, como ahora sé, que quien á hierro mata á hierro muere.—

Aconteció que *Rosa* tuvo que hacer un viage á *Arica*, uno de los puertos del mar del Sur, y aconteció esto á tiempo que la fragata que montaba *Ernesto* tenia que hacer la misma travesía. Este último tenia un empeño grande, como era consiguiente, en llevar á bordo de su buque á su amada, y ésta accedió gustosa á admitir tal obsequio; pero habia un inconveniente que al comandante pareció invencible, á saber, que no habia camarote en que colocar á la viudita. *Ernesto* ofreció el suyo, prestándose gustoso á dormir en la santa Bárbara porque su bella chilena hiciese un viage en el mismo buque que él; creia el infeliz que la gratitud podria ablandar el corazon de su desamoroso dueño!... gratitud en las mugeres!... Existe sí, pero es planta que no dá jamas ó dá raras veces fruto.—

En el mes de setiembre se hizo á la vela la fragata; Rosa iba á bordo con sus criados, Ernesto con su amor, y yo con mis pocos años. Los primeros dias de la navegacion fueron deliciosos; los veinte y dos jóvenes que, entre oficiales y pasageros, íbamos á bordo, llevábamos un humor admirable, si se esceptúa el enamorado, cuyo ceño sombrío hacia un hermoso contraste con nuestra eterna sonrisa. La hermosa chilena era el objeto de

nuestros mas espresivos obsequios; era sola!... Sea que la pobrecilla llegase á fastidiarse de nuestra galantería, ó cualquier otra causa que por entonces ignorábamos, lo cierto del caso es que apenas salia ya de su cuarto, y rara vez nos hacia el honor de recibirnos en él. El celoso y desesperado *Ernesto* era el que mas padecia de esta terrible resolucion, y no perdonaba medio de lamentarse de su mala suerte, lo cual le atraia mil apodos y graciosos dichos de sus epigramáticos compañeros.

Solia servirnos á la mesa un jóven page breton, criado del comisario de la fragata, que, sea dicho de paso, era el hombre mas charlatan de cuantos en mi vida he visto.—El pagecito era lindo como un sol, limpio como un vizcaino, y sagaz como él solo.—No hablaba el español, lo cual me interesa que el lector tenga presente, y que sepa tambien que la viudita no entendia nada absolutamente el francés.—

Cómo la cosa se hizo, yo no lo sé; pero *sí* que el pagecito pasaba algunas horas de la noche en el cuarto de la condesita. ¿Eran citas de amor?... Nadie pudo averiguarlo. ¿En qué lengua se hablaban?... Nadie lo supo tampoco.—

Lo cierto del caso es que el celoso *Ernesto* determinó rondar una noche el camarote de *Rosita*, para averiguar si algun galan tenia el mismo gusto que él. En el pobre page era por cierto en quien menos pensaba, y sin embargo el page fué el único á quien vió salir á deshora del cuarto que habia cedido á la chilenita. Bramando de zelos y rabia, se apoderó del breton, y se dirigió á la cámara del comandante á pedir la aplicacion de la pena que las leyes establecen para el marinero que entre en la habitacion de un oficial sin permiso de éste; la pena es cincuenta palos atado el culpable á un cañon. El comandante no pudo menos de hacer justicia, y señaló el dia inmediato para la ejecucion del castigo.—Imposible me fuera recordar todos los medios de que se valió la condesita para evitar al pobre page la suerte fatal que le esperaba. Lloró, suplicó, habló á todo el mundo, besó los pies de *Ernesto*; — todo en vano: — habíale éste jurado venganza, y sin venganza no podia vivir.

Al dia próximo, á las diez de la mañana, anclamos delante de Arica, y al echar al agua el bote del comandante para llevar á tierra la viudita chilena, dos forzudos marineros ataron á un cañon al pobre page. Cuando el bote llegó á tierra todavia se veía al pagecillo atado, al contramaestre con el palo, á *Ernesto* paseando sus miradas de la condesa á su amante, y de éste á la condesa.

Pocos dias despues el pagecillo breton desertó, y, aunque lo siento mucho, no he vuelto á saber que se han hecho despues ni él ni *Rosita*.

J. de S. y Q.

Á MI ESPOSA.

Objeto de mi amor, mi dulce vida,
esposa mia, ejemplo de ternura;
modelo de virtud y de hermosura
mi tesoro, mi bien.
Tú, cuyo amor, sensible á mi partida,
tantas lágrimas dió! tú que has bebido
el caliz del dolor.... ¡cuánto has sufrido
desde que te dejé!

Tú has visto como bárbara la suerte,
contra mi nombre triste conjurada,
ha reducido al polvo de la nada
á tres víctimas ya.
Y aun no cansado el brazo de la muerte,
una víctima nueva apetecia...
el primer fruto de tu amor queria
arrebatarme allá!

¿No me llevó ¡cruel! á la inocente
que aun estaba meciéndose en la cuna?
asi la nube á la naciente luna
roba el grato lucir.
¿No me llevó á un hermano en cuya frente
seis lustros no brillaban; cuya vida
siempre pura en la tierra corrompida..
Ella quiso extinguir?

Sí; la extinguió, la devoró en la fosa
como hace un poco, con la misma saña
hirió con su mortífera guadaña
á otro hermano de amor.
Al que ¡infeliz! por una ingrata odiosa,
á fuerza de sufrir, halló la muerte,
dejando en mi alma la impresion mas fuerte
del fraternal dolor.

¡Y en qué momentos! Cuando amor ufano
tu sien de mirto y rosas coronaba;
cuando himeneo plácido animaba
tu rostro virginal.
Entonces ¡ay! á mi infeliz hermano
hirió la parca, y su sepulcro helado
con la antorcha de amor se vió alumbrado
de mi lecho nupcial.

Pero no tiembles, tierna esposa mia,
porque renueve tu pasado duelo,
tambien en el dolor hay un consuelo,
y es un placer llorar.
No está ya lejos el dichoso dia
en que tu seno estreche con mi seno,
y de otros tiempos el albor sereno
volvamos á gozar.

Absorto en esta idea encantadora,
á la luna contemplo que se encumbra,
Y "esta luna, me digo, es la que alumbra
" allá donde nací.
" La misma luna que, tal vez, ahora
" penetra en la mansion de la que adoro,
" la que presencia el amoroso lloro
que derrama por mí."

¡O luna! Que prosigues tu carrera,
girando magestuosa en el vacio,
un momento contempla el dolor mio
que es ¡ay! sobrado atroz.
Tú, cuya luz, lo mismo rebervera
en el palacio do el contento zumba,
que en el mármol helado de la tumba,
oye grata mi voz.

Y cuando vuelvas á lucir mañana,
y el cantábrico mar tu luz repita,
dí á mi esposa "Yo he estado donde habita
la prenda de tu amor.
Y en su frente hace poco tan lozana,
el pesar imprimió su adusto ceño,
y suspira por tí, cuando en el sueño
dió alivio á su afliccion.

Madrid, 1835.

R. Ruiz de Eguilaz.

DESEO!

Yo te ví, ó vírgen, mas pura
Que el sereno azul del cielo
Mas que el suspiro que sube
Entre aromática nube
A la mansion del consuelo.

Bella te amé cual la rosa
Que rompe el tierno capullo,
Y despliega con orgullo
Su matiz;
Mas, ¡ay del que ama una hermosa!
Que en siendo hermosa y muger,
Su destino es padecer
¡Infeliz!
Yo devoré tu mirada,
Mirada de amor inquieta,
Que penetra el corazon,
Mas dulce que una ilusion
En el alma del poeta.

Tibia cual rayo de aurora
Que, apenas brilla en Oriente,
En mi llanto dulcemente
Rieló—
Y en esta alma que te adora,
Cual melancólica luna
En agitada laguna,
Reflejó—
Mas ¡ay! una mano helada
Tocó á mis labios de fuego,
Esa copa de dulzura,
Para henchirla, amante ciego,
En lágrimas de amargura.

Que, á tu suspirar ardiente,
De las cuerdas de mi lira,

Lánguido, trémulo, espira
Un acento;
Acento que heló mi frente,
Y zumbó triste, cual zumba
Sobre el árbol de la tumba
Sordo viento.
Huye, me dijo, infelice,
De una muger que no te ama
Nunca tú serás su dueño;
Huye y vé á apagar tu llama
Allí en fantástico sueño.

Y, *como* ráfaga bella,
Huyó el placer de mi pecho,
Y quedó en llanto desecho
De dolor,
Sentí clavar su honda huella,
Mas amarga que mi vida,
Que he de arrastrar, maldecida
De tu amor.
A Dios, muger, plegue al cielo,
Queme tu pecho este ardor!
Y no alivien tu dolor
Ni un acento de *consuelo*,
Ni una lágrima de amor!

FERNANDO VERA.

A nadie se oculta lo útil y aun necesaria que es la *Biblioteca Nacional* de la plazuela de Oriente. Es por lo mismo indispensable que las personas encargadas de su direccion, cuiden mucho de contribuir por su parte á que estos beneficios que produce sean tan amplios como posible. Parécenos que está muy mal entendido el que este establecimiento se abra para el público en la presense estacion á las once, y se cierre á las cuatro. Son precisamente las horas de mas calor, y somos de opinion que convendria que la Biblioteca estuviese abierta á horas mas cómodas, y mas tiempo que lo está en el dia. Si no son inexactas las noticias que tenemos, el señor Bibliotecario mayor está autorizado para hacer esta reforma, y si asi es, le suplicamos no eche en olvido nuestras indicaciones.

Se nos ha asegurado que la SEÑORA D'ALBERTI, prima donna de la compañía de ópera en esta corte, se ha dirigido á la empresa de teatros pidiendo rescindir su contrato, á lo cual ha accedido ésta sin ninguna dificultad, como que, no hace mucho, fué ella la que tomó la iniciativa en este asunto. Parece que posteriormente la SEÑORA D'ALBERTI lo ha pensado mejor, y desea quedarse en nuestros teatros. Esta artista tiene innegable mérito; pero *quisiéramos que no lo hiciera valer tanto.*

Hemos oido decir que el gobierno, en época no muy remota, ha dado órden para que se permita la entrada á las señoras en la *Biblioteca Nacional*. Semejante medida parécenos en estremo arreglada á justicia; ninguna razon hallamos para que se escluya á las mugeres de recibir un beneficio de que han menester por lo menos tanto como los hombres.—Pero es público que esta disposicion no se lleva á efecto, sin que *sepamos nosotros* cuales puedan ser las causas que para ello haya; por lo tanto, rogamos encarecidamente á *quien* convenga que no desestime la súplica que le hacemos, de que se cumpla la citada órden, á fin de que esa preciosa parte del género humano, por la cual nosotros abogamos siempre, tenga todos los medios posibles de instruccion.

Uno de nuestros amigos, apreciable literato (EL SEÑOR FERNANDEZ DE LA VEGA), ha concebido la feliz idea de establecer un LICEO, en el cual pueda reunir artistas de todas clases: poetas, músicos y pintores. Merece por nuestra parte tan dichoso intento y el desprendimiento del SEÑOR VEGA para la ejecucion, muchos elogios muy sinceros. De paso manifestaremos nuestra admiracion y gozo al ver cual se propaga el movimiento artístico que de poco tiempo á esta parte se advierte en nuestra capital. Parece que es llegada la época de la

regeneracion artística. La union que se nota entre los jóvenes de mérito del dia es un presagio de feliz agüero.

Nosotros hemos tenido el honor y la satisfaccion de ser admitidos á algunas de las reuniones tenidas en casa del Señor Vega, y con sumo gozo manifestamos las esperanzas lisonjeras que nos han hecho concebir. En ellas hemos visto pintores de mucho mérito que no nombramos por no tener que nombrar á todos los que allí asistieron; vimos poetas muy justamente célebres ya en su juventud, y fuimos testigos de la parte activa que cada cual tomó en esta reunion artística. Unos dibujaron, otros pintaron, otros recitaron versos, y todos manifestaron su deseo de que el Liceo prosperase. Nosotros tambien anhelamos esto mismo, y viendo tan buenos elementos, no es mucho aventurar el esperar lograrlo.

S.

Nuestros teatros van estando desiertos; no sabemos á quien echar la culpa de tal abandono. La empresa parécenos que no la tiene, porque entendemos que no tendrá interes en suicidarse.—De parte de los artistas tampoco creemos haya tal interes; por lo que nos inclinamos á creer que la miseria general es la causa del poco entusiasmo que inspira por ahora el teatro.

A la primera representacion de Valeria, ciega, casada y celosa, verificada el sábado último, asistió muy poca gente; sin embargo, esta piececita nos agradó sobremanera; el carácter de *Valeria* es bellísimo, y en estremo original; la Señora Matilde Diez lo comprendió admirablemente.—Los demas papeles no han sido ejecutados con tino á nuestro entender.

La traduccion de *Valeria* es correcta y hermosa.—

El beneficio del señor Tatti, tenor italiano, llamó muy poca gente tambien. La Somnámbula, que escogió este artista, fué muy bien ejecutada en nuestros teatros cuando en ellos estaba la Señora Judith Grisi.—El otro dia, si se esceptúa la del señor Tatti, ninguna parte nos ha parecido bien desempeñada. La Señora D'Alberti no estaba en voz, ni entendió la música de la *Somnámbula*; su figura á mas y la edad que representa en el teatro, son obstáculos para ejecutar esta ópera cual se debe.—Esta artista fué por unos *chicheada*, por otros *aplaudida*; nosotros fuimos de estos últimos, porque entre silvar y aplaudir siempre aplaudiremos; pero creemos que no mereció ni una cosa ni otra en la *Somnámbula*, asi como convenimos en que en otras óperas merece mucho.

Con motivo de las funciones de la última semana hemos visto muchas cosas que nos han agradado, y otras muchas que nos han disgustado. No son nuevas; pero no es este suficiente motivo para que dejemos de hablar de ellas.—Entre las primeras se hallan los magníficos tapices, y esos paños de blasones, llamados en otros tiempos *reposteros*, que colgados en algunos balcones nos recordaban la edad media, y que son prendas de verdadero lujo.—Entre las segundas colocamos los hachones de madera imitando los de cera, que, con su continuo llorar aceite, no hacen ningun provecho á los fracs y mantillas, de aquellos que, no pudiendo sufrir el incómodo empedrado de Madrid, van por las aceras.

Editor *Jacinto de Salas y Quiroga.*

Este periódico sale todos los domingos; precio 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias. Suscríbese en Madrid en la redaccion calle de Jardines, num. 36 cuarto bajo, y en la libreria de la Viuda de Cruz, frente á las Covachuelas; en las principales librerias del reino y en todas las administraciones de correos.

Madrid. Imprenta y redaccion del No me Olvides, calle de Jardines, n. 36.